

LA SIGNIFICACION CULTURAL DEL CENTENARIO DE "LA PRENSA" Y "LA NACION"

Disertación del Dr. ATILIO DELL'ORO MAINI
en la Academia Argentina de Letras.

LA ACADEMIA Argentina de Letras me ha encomendado el honoroso encargo de tributar este homenaje. No podía sustraerse al impulso, nacido en su seno, de reconocer los méritos de un siglo de vida consagrado a los altos valores de la cultura y de participar con su voz en el general concierto de las alabanzas.

Desde hace tiempo, en el curso del corriente año, resuena un coro multiforme de júbilo, de admiración y de aplauso. El país celebra algo que le pertenece entrañablemente. Nos hallamos ante un acontecimiento histórico. ¿En qué parte del mundo se da un hecho semejante, de dos grandes diarios, de primera magnitud en el consenso universal, que conmemoran, al mismo tiempo y con igual gallardía, su labor centenaria? El asombro crece si se considera de qué modo y en cuánta medida esa labor se identifica con la historia nacional, de la cual son, cada uno en su esfera, reflejo y motor, parte y testimonio.

Otras consideraciones, de carácter más singular, abonan el presente acto. Muchos académicos, si no todos, se sienten honrados de colaborar frecuentemente en las páginas de "La Prensa" y de "La Nación" y no son pocos los que, en sus redacciones, hicieron o hacen del periodismo la profesión de su vida. Ninguna institución, pues, en el país, puede sentirse más ufana ni adherirse con mejores títulos al homenaje. Y si me dejo llevar por mi propio sentimiento diré, por último, con cuánta alegría contemplo hoy

En adhesión al centenario de los diarios "La Prensa" y "La Nación" que han recibido el homenaje de instituciones públicas, privadas, de la comunidad en general y del extranjero donde se recogió el acontecimiento, ESTUDIOS publica esta fundamental pieza oratoria que pronunciara el doctor Atilio Dell'Oro Maini en el seno de la Academia Argentina de Letras.

La personalidad del disertante, su larga y consagrada actuación en altas funciones de gobierno, en la diplomacia, la cátedra, la literatura, determinan que la conferencia que insertamos íntegramente, refleje uno de los más valiosos aportes al conocimiento e influencia de los prestigiosos matutinos en la vida del país. Al mismo tiempo puede calificarse al discurso del doctor Dell'Oro Maini, como un testimonio fehaciente del valor en el ámbito del quehacer nacional de nuestro periodismo, tanto capitalino como del interior y su importancia civilizadora a través de las distintas etapas históricas de la República.

en sus altas posiciones directivas a quienes fueron o condiscípulo directo desde las aulas primarias, o alumno distinguido de la cátedra universitaria, circunstancias ambas que acrecientan la emoción verdadera con que alzo mi voz en este recinto.

Las circunstancias culturales de la fundación

La significación cultural de este gran acontecimiento proviene, en primer término, de la fidelidad de ambos cotidianos al clarividente designio de sus fundadores.

En aquel entonces, como es sabi-

do, la histórica presidencia de Mitre, cumplida con gallardía y serena energía, había sellado para siempre los destinos de la patria, afrontando las primeras grandes obras reclamadas por el futuro desarrollo, no obstante las exigencias implacables de la guerra del Paraguay, en la que se ponía a prueba la incipiente solidaridad de las provincias y se comprometía, además, el lugar de la Argentina en el concierto internacional. Sarmiento recibió de sus manos limpias, probadas por el acero de las batallas, el empleo de la pluma y el timón del gobierno, la responsabilidad de proseguir la obra emprendida.

LA SIGNIFICACION CULTURAL DEL CENTENARIO DE "LA PRENSA" Y "LA NACION"

No se habían apagado los enconos y recelos, ni las oposiciones violentas, a veces cruentas, pero se mantuvo con autoridad el régimen de la Constitución y comenzó para el pueblo, impaciente o rebelde, el aprendizaje del respecto a la ley. La fuerza de la espada, acatada por las provincias, no siempre con convicción, había asentado las bases de la organización nacional. Más, no bastaba la existencia formal del poder central, enunciado en la ley, para procurar la eficacia real de su ejercicio, ni, mucho menos, para hacerlo invulnerable a la usura de la insubordinación y a la desidia o malquerencia de los órganos destinados a coadyuvar en la implantación y desarrollo del régimen federal. Era necesario, por un lado, asegurar la efectiva participación del pueblo y, por otro, hacer funcionar el mecanismo de los poderes delegados y reservados que constituyen el nervio medular de la estructura constitucional, para llevar adelante la reconstrucción y sobreponer los intereses generales de la República al desorden de la anarquía y el caudillaje, sin desmedro del bien propio de las provincias, cuyo reconocimiento como entidad autónomas iguales era, a la vez, el fundamento de su vocación a la unidad. Si bien la Constitución respondía al anhelo de los pueblos, su técnica, inspirada en modelo foráneo, creaba, en el momento mismo de aplicarse, una realidad nueva y compleja, cuya figura y cuyo espíritu era preciso inculcar en la mente de los mandatarios y gobernados, escasamente preparados para recibirlos. He ahí enunciada la cuestión fundamental que interesa a nuestro propósito. Para comprenderla acabadamente hay que recordar el cuadro sociocultural ofrecido por nuestro pueblo. El primer censo, realizado precisamente en 1869, arroja para toda la república un total de 1.874.490 habitantes. Esa población, controlada por el hombre blanco, cuenta entonces con muchos indígenas, y sus dos terceras partes se dedican a la faena rural. Su distribución se halla equilibrada entre los diferentes sectores territoriales, sin predominio demográfico de ninguno y cada uno de ellos se desenvuelve alrededor de ciudades importantes, aunque pequeñas, en las que flo-

rece una artesanía original y primorosa. Pero una de las notas características de este cuadro es el analfabetismo: esa población que no alcanza a dos millones, tiene más de un millón de iletrados.

En estas condiciones es explicable que el pueblo no participe realmente en la elección de sus autoridades ni se interese por la cosa pública, y que la expresión de su voluntad sea el mero cumplimiento de las consignas de caudillos y funcionarios. Para cada elección se abrían nuevos registros y la inscripción, en manos de aquéllos, era el primer paso en la conquista fraudulenta del triunfo ambicionado. El historiador Carlos Heras recuerda, por ejemplo, que el escrutinio de las elecciones de diputados nacionales, en febrero de 1864, reveló que sólo habían votado 13.393 ciudadanos en una provincia que contaba con 450.000 habitantes y que, en su capital con una población calculada en 160.000, sólo habían sufragado 2.382 votantes.

Las circunstancias históricas por las que se venía haciendo y constituyendo el cuerpo político de la nación, dejaban el poder en manos de una minoría diligente, constituida en sus más altos niveles por personalidades de gran fuste, cuya conciencia de ciudadanos de una república naciente los llevaba a asumir enteramente la responsabilidad de salvaguardarla y consolidarla. El recíproco control de sus propósitos e iniciativas, de sus aciertos y de sus errores, llevado a cabo frecuentemente por una prensa de círculos contrapuestos, batalladora e implicable, inclinada a la destemplanza o a la crueldad de las sátiras ponía a prueba la reciedumbre de los méritos y, de ese modo, verificábase una permanente selección de valores en la que no resultaba fácil imponerse y triunfar. El pueblo, por su parte, sabía reconocer casi siempre dónde apuntaba la auténtica superioridad, y no mezquinaba el apoyo de su simpatía por los verdaderos patriotas. Era un pueblo sencillo pero sano, austero, trabajador, heroico, cuyo amor a la patria rivalizaba con el de sus jefes en los momentos decisivos. Más lo que pudo ser norma en la hora del alumbramiento, carecía de validez para el curso regular de la vida de las instituciones. Se

imponía, entonces, realizar denodadamente la transformación del país, cambiar los hábitos mentales del pueblo, brindarle el descubrimiento y aprendizaje de sus deberes y derechos correlativos y llevarlo a prestar al gobierno, por los caminos de la ley, el asentimiento en su libre voluntad, a fin de asegurar de ese modo el desarrollo progresivo del país.

Esta obra emprendida por los presidencias de Mitre, de Sarmiento, de Avellaneda, requiere el concurso y el control de una opinión esclarecida, a la cual es preciso formar y desarrollar. En el interior se había alzado la voz de "La Capital", diario fundado en Rosario, y cuyo primer siglo el país ha celebrado hace dos años escasos. En Buenos Aires, centro y escenario de los sucesos decisivos, el periodismo, aunque vigoroso y brillante, carecía, por las razones antes apuntadas, de la autoridad e independencia requeridas para convocar al pueblo, a través de sus círculos dirigentes, al cumplimiento de los nuevos deberes y a asumir, en el plano de las ideas rectoras, el diálogo hasta entonces inédito.

Paz y la fundación de "La Prensa"

Tal fue el móvil que alentó la iniciativa de fundar "La Prensa" en el pensamiento de su ilustre creador, don José C. Paz, cuando sólo contaba 27 años. De su infancia y de su hogar traía el recuerdo de la tiranía. Las aspiraciones cívicas de su juventud las había puesto de manifiesto como soldado en las luchas de la Confederación y Buenos Aires. En su primer periódico, "El inválido argentino", veló generosamente por la suerte de los desvalidos guerreros del Paraguay. Dios iluminó en su mente la visión del porvenir de la patria; por eso, su palabra es escueta y limpia. Declara todo su programa sin alarde alguno, con transparente sencillez. En el primer número, una hoja suelta y modesta, editada el 18 de octubre de 1869 dice: "Verdad, honradez: he ahí nuestro punto de partida. Libertad, progreso, civilización: he aquí el fin único que perseguimos". Es bueno para nuestro espíritu, repetir todos estos días esa frase. Es una lección. La novedad

del pensamiento consiste en la concepción social del periodismo, es decir, en elevarlo por encima de las facciones a la idea de un servicio público de la sociedad. Podría sintetizarse, tal vez, de esta manera aquella idea: No ser de nadie, sino de todos, para no estar al servicio de nada, sino de toda la verdad. Con razón pudo decir nuestro llorado don Arturo Capdevila, en el discurso que en 1940 pronunció en el Instituto Popular de Conferencias, que la fundación de "La Prensa" es un jalón que divide dos épocas de la vida argentina".

Mitre y la fundación de "La Nación"

Pocos meses después, el 4 de enero de 1870, apareció el primer número de "La Nación", fundada por Bartolomé Mitre, cuya rica y múltiple experiencia en la conducción final del proceso institucional lo llevaba a una concepción concordante del periodismo. Había dejado dos años antes su histórica presidencia. Estadista de gran vuelo, poeta y escritor cultísimo, insigne historiador, soldado heroico, su figura era ya consular. Adquirió de José María Gutiérrez "La Nación Argentina", uno de los más acreditados diarios de aquellas época, y sobre su base fundó el suyo. En el primer editorial decía que aquel era un puesto de combate "La Nación", añadía para definirla, "será una tribuna de doctrina". Intituló "Nuevos horizontes" la primera columna del editorial, que dejaba atrás las luchas fratricidas para emprender los nuevos caminos del porvenir, conquistar los dominios de la política y de la idea y encarar con mesura los problemas de la patria. Quien había logrado encabezar y realizar la organización y la unidad del país, tenía derecho a proseguir su obra en las páginas del diario concebido para servir sus nuevas necesidades. Recojo, a fin de traducir su pensamiento el párrafo que él mismo escribió entonces: "Fundada la nacionalidad, es necesario propagar y defender los principios en que se ha inspirado, las instituciones que son base, las garantías que ha creado para todos, los fines prácticos que busca, los medios morales y materiales que han de ponerse al servicio de esos fines,



los hombres mismos en que mejor se encarnen esas doctrinas y que inspiren la mayor confianza de poder hacerlas prácticas, dando al pueblo lo que es del pueblo y al gobierno lo que es del gobierno".

Ejemplo y actualidad de la primera experiencia

He ahí el verbo inicial, el pensamiento original y sustancialmente coincidente de estas dos grandes figuras fundadoras. Las visiones fueron certeras; su mensaje escuchado y cumplido; duradera y fecunda su creación. Recuerdo ahora el magnífico discurso pronunciado por

nuestro presidente de la Academia, don Leonidas de Vedia, sobre "La Prensa, su historia y el país", en el Instituto Popular de Conferencias, hace 10 años, donde trazó con singular maestría el paralelo con el diario de Mitre y el análisis penetrante de sus creadores. Séame permitido inspirarme en su pensamiento para evocarlos hoy, juntos, como ellos supieron unirse con hidalguía en difíciles circunstancias, ante la gratitud conmovida de la patria que busca en el camino recorrido, según el legado de su pensamiento, el ejemplo para su porvenir.

El valor de este recuerdo no es meramente retrospectivo: es actual. Resulta de la posibilidad de comparar la manera cómo aquellos hombres afrontaron la situación existente con las predisposiciones de nuestro espíritu para arrostrar la que nos toca vivir. Ellos no fundaron sus cotidianos para disputarse los favores de una opinión pública preexistente; por el contrario, se propusieron crearla como una fuerza de propulsión, a cuya cabeza se colocaron con juvenil esperanza. Sus primeros lectores eran escasos y también eran cultos; pertenecían

**LA SIGNIFICACION CULTURAL
DEL CENTENARIO DE
"LA PRENSA" Y "LA NACION"**

a la clase letrada; privilegio raro entonces. Durante muchos años, pues, no llegaron a la masa del pueblo sino por su mediación. Dirigían círculos limitados, en la medida en que las circunstancias variables y contradictorias de la política les permitía defender sus ideas o promover sus consejos. Debieron secundar, a veces con apoyo, otras con crítica y oposición, la gestión de sucesivos gobiernos y se enrolaron decididamente en favor de todas las otras que tendían al progreso del país en el orden de la educación, de la ciencia, de la cultura, de la economía, de la sociedad diversa y múltiple en sus necesidades. Debieron esperar muchos años la aparición de las generaciones alfabetizadas, y aunque el desarrollo de la instrucción tuvo, desde el principio, un impulso verdaderamente portentoso y fecundo, secundado gallardamente en sus columnas, el círculo de lectores se fue dilatando pausadamente y no pudieron, sino al cabo de muchos años de labor periodística, fiel al programa inicial, sentirse el órgano autorizado de una opinión popular. El lector que acababa de aprender a leer no sabía discernir. Buscaba en el diario cuanto pudiera prolongar y complementar su instrucción. Prefiere a los artículos austeros, la información sobre la sociedad de que forma parte, cuya extensión y complejidad se le revelan repentinamente. El nuevo lector adquiere conciencia de ser partícipe activo de una sociedad inmensa, pero sobre todo de una República que reclama su

concurso abnegado, constante. Créase poco a poco, de ese modo, un vínculo de valor insospechado entre la vida personal y la vida comunitaria, entre los intereses individuales y el interés general. Comienza a constituirse, entonces, una opinión pública, imprecisa en sus contornos, pluralista en su composición y variable en sus tendencias, pero con conciencia creciente de su propia existencia, de su valor, de su responsabilidad.

Cuando, bajo los arcos de la recova, comenzaron a vocearse los nombres de "La Prensa" y de "La Nación", Buenos Aires era una ciudad modesta y sencilla, austera como su pueblo. La rígida geometría de su dibujo urbano, alineaba, sobre las calles de barro, en el que trazaban el camino paralelas huellas de piedra, las fachadas de sus casas recatadas. Los amplios zaguanes dejaban ver los patios soleados perfumados de magnolia, de primorosas plantas, donde el fresco aljibe era el centro de los aposentos del trabajo o del descanso, contruidos a su alrededor. Nuestros ojos se enamoran todavía de su perfil sobre los altos barrancos, junto al río, como lo muestran los grabados de la época, decorado graciosamente por las airoas cúpulas de sus antiguas iglesias. Siento una gran nostalgia de su belleza, hoy escondida entre los rascacielos, cuando contemplo en otras grandes capitales europeas cómo todavía sobresalen airoas las suyas en la perspectiva del pasaje urbano. Aquella ingenua y regular arquitectura abrigaba en su seno una comunidad coherente, a veces feliz, otras desdichada —como lo fue con la fiebre amarilla que en 1871 arrasó sus habitantes—; pero siempre fue digna y valiente, amante de la vida y de la libertad.

Su transformación al impulso del progreso, signo de la época, iniciase con la historia de ambos diarios. Entonces sus habitantes se enrolan en nuevas inquietudes y faenas. Por sus calles empieza a circular el tranvía —extraño vehículo, sus-

citador de recelos y temores, precedido de un pregonero montado que anuncia su paso en cada esquina. Mientras en la ciudad se debate el final de una época turbulenta y llega el momento de verla convertida en la capital de la República, el puerto, sobre el ancho y coloreado río, empieza a despararramar por el mundo los productos de la tierra y a traernos, en creciente abundancia, el aporte de la cultura europea, de los brazos activos y los capitales emprendedores. El antiguo caserío se extiende en humildes arrabales, apertenciando la verde pampa, de la que llega a la ciudad, cuando cae el sol, el húmedo perfume de las tierras aradas, anuncio del gran futuro del trabajo de sus hijos.

No es posible referirse a la evolución de estos dos grandes diarios sin evocar la ciudad que fue y es el asiento de sus actividades y que recibió, la primera, el aliento de su espíritu. En la imagen de su figura de entonces como en toda su evolución hasta nuestros días está reflejada la transformación del país y su inmenso desarrollo, en cuyos repliegues brilla precisamente la luz de aquel espíritu.

Llegan a Buenos Aires, desde las provincias, aun las más lejanas, las nuevas generaciones de jóvenes. Ya deben hacer un esfuerzo para acomodarse al régimen de su vida no del todo parejo al que abandonaron. Indalecio Gómez, escribiendo, en 1870, a Fenelón Zuviría, le decía que se siente un poco atolondrado en "esta civilizada cuanto fangosa ciudad". Le distrae el espectáculo —agrega— "de un pueblo y de una sociedad diametralmente opuestos en todo a los que he conocido y ha sido mi teatro; de tal manera que, para no exagerar, se puede decir que allí he sido español del tiempo del Cardenal Cisneros, en el siglo XV, con ribetes de moderno cristino, y aquí es necesario que sea porteño del siglo XIX en tiempo de Sarmiento".

Estos jóvenes, de la ciudad o de las provincias, conocen y frecuentan a Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Vélez Sársfield, Alsina, Gorostiaga, Elizalde, Rawson, Mármol, Quintana, Estrada y tantos otros, cuyas

LEVADURA
DUQUESA
IBARZABAL S.A.

LUZURIAGA 361 - BUENOS AIRES

voces escuchan en el debate de las cuestiones capitales de la república; comparten sus ideales y se agrupan o dividen según la inspiración de los mismos. Son los que, más tarde, hasta el primer tercio del presente siglo, tienen en sus manos la dirección y gestión de los intereses públicos. Junto con ellos, y al mismo tiempo "La Prensa" y "La Nación" hacen su gran evolución y realizan la obra que les da predicamento e influencia en la vida nacional.

La lucha por la cultura y la libertad

La última parte del siglo de su vida está caracterizada por las devastaciones de las dos grandes guerras; por tremendas conmociones sociales políticas y económicas; por los maravillosos progresos de la ciencia y el desarrollo de la técnica, por el invento de nuevas formas y estilos en las letras y en las artes, por la aparición de nuevos estados y culturas, sometidos antes al colonialismo; en fin, por la transformación casi repentina de un mundo en apremiante cambio; hecho que, por su universalismo y significado, repercuten en el país, donde sucesivos avances y retrocesos dejan inconcluso el proceso definitivo de la

consolidación de nuestras instituciones y de la expansión de nuestra cultura en el pueblo. Los anhelos del país; todos sus esfuerzos, sus horas felices y sombrías están en las columnas de estos diarios, testimonio y fuente de su historia. Fueron partícipes de las mismas esperanzas y angustias y lucharon denodadamente por la salvaguarda del orden y el bien común, por el respeto a las leyes, por la justicia y la democracia representativa, por la libertad sobre todo, principios en cuya defensa fueron, más de una vez, los adalides de la opinión ciudadana. En época no lejanas de desvergonzada y nefasta dictadura, sufrieron hasta el asalto de turbas criminales. "La Prensa" fue confiscada y aniquilada por su conducta insobornable. Vivió su hora más gloriosa, según pudo escribir Laferrere en los artículos con que "La Nación" le rindió homenaje. La recuperada libertad de la patria le devolvió la vida, pero esa cicatriz en el cuerpo de su historia es un signo de honor para sus blasones y para todo el periodismo argentino digno de este nombre.

Ambos diarios enorgullecen a la cultura argentina; están a la altura de los mejores del mundo, por la amplitud de sus servicios informativos, el valor y universalidad de

sus colaboraciones literarias y científicas, y los constantes adelantos técnicos de la empresa. Hay en ellos una singularidad que los distingue y enaltece: la fidelidad a los principios originarios no sólo traduce la convicción personal de los sucesivos directores: es la consigna en cuyo cumplimiento se compromete la tradición y el prestigio moral del propio linaje familiar, mantenido desde los fundadores hasta hoy. Estoy cierto de interpretar el sentimiento unánime al rendir el debido homenaje a sus ilustres continuadores en la persona de los aquí presentes.

El centenario en la perspectiva de la realidad presente

Bajo la luz de esta perspectiva es grato encarar la significación del centenario desde el punto de vista de su realidad actual, en relación, naturalmente, con el momento de su origen, pero dentro del marco de la gran transformación que, en los más diversos órdenes, caracteriza a nuestro tiempo.

El cambio operado en un siglo es profundo, extenso y complejo. Los medios de comunicación entre los hombres y los pueblos —prensa, cinematógrafo, radio, televisión— fruto de ese cambio en los sectores

PROFESIONALES

ABOGADOS

Dr. ALFONSO
ROCCATAGLIATA
Calleo 297

Dr. RICARDO M. BUGARIN
Uruguay 485, 10º Piso
T. E. 40-3727/7513/7359

Dr. RAFAEL CORCUERA
IBÁÑEZ
Uruguay 627, 2º piso Dpto. E.
T. E. 40-4627

Dr. EDUARDO S. ICHASO
Av. Roque S. Peña 628,
5º Piso
T. E. 33-5726

Dr. PEDRO AUGUSTO PERISSE
Talcahuano 395

Dr. FEDERICO VIDELA
ESCALADA
Corrientes 1296, 1º Piso
T. E. 35-1390

Dr. CARLOS G. FRAGA
Suipacha 1087, Piso 9º A
T. E. 32-3136

Dr. VICTOR V. DIAZ
BOBILLO
Reconquista 1011, Piso 3º
T. E. 32-8318 y 32-0973

Dr. CARLOS F. DE ANTUENO
Dr. ADOLFO CASABAL ELIA
Montevideo 626, 6º Piso "K"
Capital

Dr. ATILIO C. RINALDI
Cangallo 461, Piso 1º
T. E. 46-7640

Dr. ADOLFO MUGICA (h.)
Rivadavia 666, 3er. Piso
T. E. 34-5313/2446/0845

ESCRIBANOS

HERNAN CERIANI CERNADAS
HERNAN R. CERIANI
CERNADAS (h.)

CESAR J. CERIANI CERNADAS
Cangallo 328
T. E. 33-6881 y 34-0606

ANTONIO J. LLACH
Lavalle 1578, Piso 1º
T. E. 46-4452/4510/4863

LUIS LLORENS
Brown 947 (Morón)
Esmeralda 155 - Cap.
T. E. 629-9852 y 45-4848/2837

LYDIA BONORA DE MOGNI
Av. Maipú 1329, 5º P. Of. 39
Vicente López
Gral. Güemes 2670
T. E. 740-0135
Florida - FCGBM

MEDICOS

Dr. CESAR CARDINI
Charcas 788
T. E. 31-3254

INGENIEROS Y ARQUITECTOS

HERNANDO CAMPOS
MENENDEZ

Av. Pte. R. S. Peña 547

MARIA CATALINA NEGRI
Asunción 3354
T. E. 50-2554

ROBERTO JUAN CARDINI
Azcuénaga 1171. P. B.
T. E. 80-1587/0632 y 83-1649

MARIO JORGE GRAVINA
Acevedo 2265, 6º Piso, 38
T. E. 72-0403

Ingeniero JORGE L. VALLS
S. del Estero 217, 4º Piso
T. E. 38-1573

QUIMICOS

DELFIN LUIS BARRIOS
Corrientes 1262, Piso 1º
T. E. 35-3319

TRADUCTORES

CORTES FUNES CRESPO
Asuntos legales, Traducciones
Arenales 1655 p. 1
T. E. 44-7216

VARIOS

PAMPAS Y HACIENDAS S.A.
Corrientes 378, 4º Piso

ADMINISTRACION DE
PROPIEDADES

GUILLERMO LOPEZ ROSENDE
Belgrano 313 - San Isidro
T. E. 743-5300

LA SIGNIFICACION CULTURAL DEL CENTENARIO DE "LA PRENSA" Y "LA NACION"

de la técnica, han trastocado entrañablemente el modo de ser del individuo y de la colectividad, modificando, al mismo tiempo, el régimen de las relaciones humanas. A la civilización gráfica, de la letra impresa en el libro o en el periódico, dirigidos al lector personal y aislado, ha seguido la civilización audiovisual de la imagen y del sonido, recogidos por masas extensas e indefinidas. ¿No es apasionante descubrir en qué medida esta tremenda transformación limita o dilata la capacidad creadora de una experiencia llevada a su más alta expresión con el curso de un siglo? ¿No nos compromete a todos los usuarios o beneficiarios de la misma, miembros a la vez de una comunidad en la que el problema se presenta en sus aspectos receptivos también, el acertado aquilatamiento de las tendencias en auge para avisorar el rumbo que ha de llevarnos hacia el nuevo siglo que se nos acerca?

Ya no se trata del éxito obtenido, aunque él sea el primer jalón de nuestras reflexiones; ni de avalorar el lúcido empeño con que ambos diarios siguen las exigencias, cada vez más aceleradas, del cambio aludido, sino de prever y afrontar, con voluntad solidaria, las consecuencias que de su satisfacción se derivan para la felicidad y bienestar del hombre, el progreso de la cultura, la comprensión de los pueblos, el imperio de la justicia y de la paz; el gozo entero de la libertad. Nos interesa, pues, reconocer la perfección y eficacia del instrumento, pero también identificar la vitalidad del pensamiento inspirador; celebrar el esfuerzo realizado, pero, además, valorarlo para la acción futura, recordando la probada validez de la iniciativa que le diera nacimiento; entender, en definitiva, con sentido de responsabilidad compartida, la inmensa aventura del gran periodismo en las actuales circunstancias del mundo, la cual exige, cada día, de sus autores un acto de verdadera creación.

El periodismo y los géneros literarios

En antiguos tiempos el estudio de la significación cultural del periodismo es hacia dentro de los dominios de la literatura, con el fin

de determinar el género a que pertenecía. No entraré en la polémica suscitada, desde mediados del siglo pasado, en la que participaron nombres ilustres y se dieron las opiniones más contradictorias, polémica que tuvo su tribuna principal en la Real Academia Española, ocupada sucesivamente por Pacheco, Valera, Ortega Munilla, Sallés, Etchegaray y Mariano Cavia. Para unos, los artículos de periódicos son un género inclasificable, porque representan a todos los existentes sin confundirse con ninguno, cuando no son los mismos géneros literarios en miniatura; para otros, los escritos periodísticos presentan ciertos caracteres genéricos que permiten ver en ellos una unidad colectiva, un estilo común, pues aun cuando los periódicos, por su tendencia enciclopédica, ofrecen en sus columnas géneros literarios que no son *per se* periodísticos, esto es accidental, y lo genuino y propio de ellos tiene un sello inconfundible que los distingue de los demás. Por su parte, Brunetiere se lamentaba, a fines de siglo, en la Academia de Francia, de la decadencia literaria del periodismo de su tiempo. Entonces el periodismo era esencialmente doctrinario, político, literario, órgano de opinión primordialmente más que de información. Víctor Hugo había escrito en 1871 que "el diario como el escritor tiene dos funciones: la política y la literaria. Esas dos funciones —agregaba— no son más que una porque sin literatura no hay política". La relación sigue siendo verdadera, pero las funciones se multiplicaron y diversificaron.

Nuestro ilustre colega, don Alfonso de LaFerrere, intituló su discurso de recepción en nuestra Academia: "Letras, Historia, Política" y, sin olvidar la misión múltiple del periódico, ni dejar de afirmar la singularidad de su género literario, afirmó que es, ante todo, un vehículo de acción, de una acción que cumple sus fines al encadenar sus consecuencias eficientes en el curso de las jornadas.

En esta última nota me parece esencial: coloca al periodista en el centro actual de su oficio y de su responsabilidad. Diríamos que es un llamado también a la vocación del escritor sensible a las exigencias de su tiempo. Acaban de publicarse en París dos obras póstu-

mas de Jean Girardoux y en una de ellas —"Or dans la nuit"— hay un capítulo sobre el escritor periodista, escrito en 1934. Girardoux, entre serio e irónico, alude a la evolución de la literatura francesa, después del romanticismo en la que no obstante la presencia de obras maestras, los escritores se divorcian de la realidad y mezquinan a su pueblo— a quien sólo dan un gozo ritual y convencional, el aliento espiritual que necesita para afrontar su realidad. El lector está ahora más próximo al que escribe y requiere un nuevo lenguaje conforme a su sensibilidad renovada. No son los géneros literarios lo que le interesan, sino el escritor por sí mismo y por sus virtudes. "El escritor debe ser —termina— en la labor del país, un elemento combatiente presente, movilizable cada día, un obrero de toda hora, "un journalier, c'est a dire, un journaliste". Ortega y Gasset se defendía, de quienes le achacaban la propensión a dar a los diarios su pensamiento, diciendo que "los artículos de periódicos son una cosa esencial; es una forma imprescindible del espíritu, y quien pedantemente los desdén no tiene la más remota idea de lo que está sucediendo en los senos de la historia".

La función intelectual del periodismo

Tales ideas nos ponen de frente a la cuestión decisiva: posición del periodismo en el cuadro de la cultura.

Hace ya años, en 1923, la Asamblea de la Sociedad de las Naciones encomendó al Instituto Internacional de Cooperación Intelectual un estudio sobre la misión intelectual del periodismo, complemento del que estaba realizando sobre la colaboración de aquél en la conquista de la paz. Tratábase de averiguar en qué medida esa misión se cumplía, y de examinar concretamente, en primer lugar, los medios para desarrollar la información acordando una parte mayor a la cultura en general y a todo cuanto determina el progreso de los pueblos; y, en segundo término, los medios de poner al alcance del público los descubrimientos científicos, sus aplicaciones técnicas, las formas contemporáneas del arte y de la literatura.

Fueron invitados a participar cinco grandes periodistas, entre los cuales, Baldomero Sanín Cano, colaborador de "La Nación", y el estudio fue elevado a la consideración de la citada Asamblea. Las opiniones vertidas provienen de hombres del oficio y llaman la atención los comentarios sumamente francos y aleccionadores. Para algunos, la prensa, en general, no cumple función valedera en el ámbito de la cultura porque, organizada bajo moldes exclusivamente industriales, sólo le interesa la mayor circulación del periódico y vende noticias a un público contradictorio y exigente, a cuyo nivel debe adaptarse, o porque carece de independencia para fijar sus rumbos limitado por la abusiva intervención del Estado a veces; otros, por la presión de intereses políticos, sociales o económicos. Para otros, esa misión no le corresponde; el periódico no es un libro, no es una cátedra, no es un discurso, no es una revista. Puede darse el caso de que asuma, en ocasiones, cierto carácter literario o educativo, publique conferencias, artículos que instruyen o distraen al lector; pero éste no es su fin esencial. La razón de ser está en proporcionar, cada día, al lector el mayor y más variado caudal de noticias. Lo demás es secundario. La educación, la ciencia y la cultura deberá buscarse en otras fuentes. No falta quien propugne una concepción contraria, aunque siempre limitada, y entienda que un diario de gran circulación debe seleccionar y presentar sus informaciones de tal modo que en su diversidad específica, puedan interesarse de veras a las múltiples categorías de sus lectores. Por último, hay quien distingue el problema de la información del de la cultura y formación de las masas. La dualidad proviene de que la prensa no es sólo una empresa industrial como cualquier otra, porque, por su principio y finalidad es un instrumento intelectual. La prensa ha nacido de la necesidad de saber. La transmisión de un conocimiento equivale, en su origen, a la de una noticia o información. No puede rivalizar con el libro. La inmediatez de su mensaje no le permite esperar el desarrollo del hecho, objeto de la noticia, para explicar su real importancia y sus relaciones o prever sus consecuencias. Se dirige, como ya se ha dicho,

a un público anónimo, cuyas unidades son extremadamente diversas, y debe usar un estilo de expresión adaptado a las diferentes categorías de su audiencia. Estas circunstancias limitan y condicionan su función intelectual, pero no la suprimen. Si por educación se entiende la formación de la personalidad y la elevación moral del individuo, no hay que esperar del periodismo una contribución. No es su papel. No pocas veces, por otra parte, conspira en contra porque cae en la servidumbre de los gustos más subalternos del público. Si se trata, en cambio, de la difusión de los conocimientos y, en el caso de una prensa madura e independiente, de despertar las más nobles potencias del espíritu y de enviar y orientar su curiosidad intelectual, el periodismo tiene a su alcance una gran misión que llenar. Esta es, en definitiva, la conclusión.

El periodismo y los demás medios de comunicación social

Transcurrido poco más de veinticinco años desde aquella encuesta, la cuestión, sin variar la composición de sus elementos esenciales, se nos ofrece de otra manera en el cuadro de las grandes mutaciones operadas en el mundo. La enorme difusión de los nuevos medios de comunicación social, además del periodismo, ha creado una inmensa sociedad de masas, cuya composición y movimiento desintegra la unidad de la inteligencia y la jerarquía del saber, y modifica fundamentalmente las estructuras del comportamiento humano. La civilización de la imagen y el sonido disputa el dominio del hombre a la civilización de la letra impresa. La imagen visual y sonora del cine o de la televisión es más accesible a todo, menos individualista que el libro o el diario. Despierta repentinamente nuestras intuiciones, tiene una capacidad de sugestión más fuerte que cualquier relato escrito y nos ofrece la realidad en vivo, de un modo directo o instantáneo, en su totalidad trágica o placentera. Su mensaje es más rápido e inmediato; más completo y universal. Responde a modalidades corrientes del ser humano, más inclinado a lo concreto que a lo

abstracto, a la imagen que a la idea, a los hechos que a la teoría.

El periodismo moderno, caracterizado por su capacidad informativa, no ha podido sustraerse a la influencia de este fenómeno producido por las nuevas técnicas. Los diarios también se han hecho más visuales, atrayendo la atención del lector por una diferente distribución de su contenido, bajo letras titulares que destacan entre las noticias, acumuladas sin desorden, la jerarquía de su novedad e importancia. El estilo de la expresión, más despersonalizado y conciso, abandona la exposición didáctica de los hechos y lo que pierde en precisión racional lo gana en la intuición despertada en el lector. Informaciones, noticias brevísimas, cargadas de sentido valen un artículo de fondo. Por lo demás, accede al creciente auxilio de la fotografía, el dibujo, a la caricatura, para proporcionar un contacto más inmediato de la realidad y multiplica las pequeñas e innumerables secciones de lo agradable y lo útil. Por estas vías, el periodismo viene a incorporarse al sistema general de las nuevas técnicas; conserva siempre cierta superioridad, no desaparece como la imagen de los ojos que la contemplara; queda en las manos del lector dispuesto a releer y a reflexionar; pero al formar parte de aquel sistema recibe el inexcusable golpe de la reacción de una sociedad de masas y descubre la crisis de sus relaciones con la opinión pública que aspira a interpretar.

La opinión pública y la sociedad de masas

Nos encontramos frente a un fenómeno nuevo: la opinión pública, sacudida por la percusión constante de todas estas técnicas, se ha modificado en su estructura y en sus movimientos. Seguimos hablando de ella según los moldes antiguos en que se vaciaba su forma. Atribuimosle una cierta personalidad colectiva, en la cual integramos grupos diversos, unidos por la conciencia de una responsabilidad general, cuyos desplazamientos producidos por las tensiones del pluralismo de sus tendencias, con fre-

LA SIGNIFICACION CULTURAL DEL CENTENARIO DE "LA PRENSA" Y "LA NACION"

cuencia contradictorias, pueden, sin embargo, traducirse —al final— en la expresión de un pensamiento decantado y cierto. Hoy por aquella percusión de las técnicas a que me he referido —periodismo, cine, radio y televisión— la formación sustancial de esa opinión es más compleja, lenta e insegura. La multiplicación y simultaneidad de su respectiva influencia —fruto de los grandes y acelerados progresos de la civilización y, al mismo tiempo, estímulo y promoción de su mayor desarrollo— han creado este vasto fenómeno de las masas, con las cuales se hace ineludible el diálogo de la nueva comunicación social.

Ya no es posible pensar en interlocutores aislados o individuales, ni en grupos dispersos ni en comunidades más o menos homogéneas. Debemos tener en cuenta la existencia de un público inmenso, diverso, muy diferenciado en su estructura e inmensamente uniforme en su nivel cultural. Es un público inconmensurable y denso que devora las noticias con extraña e incansable voracidad. Nuestro eminente colega José Oría la llama "hemerofagia" y considera representativo de la sociedad moderna al hombre que la padece. Se ha acostumbrado a la instantaneidad de la noticia; prefiere vivirla en su actualidad más que recibirla en forma retrospectiva, porque nada de lo que pasa en el mundo le es extraño y se apasiona por todo como si se tratara de cosa propia. La superficialidad y fugacidad del mensaje están impuestos por la atropellada abundancia de su llamado, simultáneo o inmediatamente sucesivo, que apenas llega a la profundidad de la conciencia fatigada, por causa de la ineludible incoherencia de su contenido. El destinatario, arrastrado por su curiosidad instintiva, no puede ordenar todo cuanto recibe, es incapaz de juicio y discriminación; no asimila ni retiene; no ejerce nunca su capacidad crítica; modela su comportamiento según cánones tan sutiles que le dejan la ilusión de proceder con espontaneidad. Cree, de ese modo, evadirse de los absurdos conglomerados en que vive y de las disciplinas que lo aprisionan, pero cada vez se siente más per-

dido en el páramo de su íntima soledad; presiente su participación en el gozo y provecho del mismo patrimonio cultural y, sin embargo, no alcanza a captar el valor de la comunidad humana de que forma parte y el sentido de su relación con otros hombres; experimenta una sincera aspiración de aumentar el caudal de sus conocimientos y crece en su ánimo el vacío de la ignorancia y la indigencia de su capacidad intelectual. En síntesis: esta civilización, técnica y colectiva, si se quiere más popular, más compacta, más diseminada, más activa, más dinámica, más ampliamente intuitiva en sus perspectivas, carece de la sustentación y transparencia de la auténtica cultura, discernidora de los valores esenciales, integración de cada elemento en la armonía del conjunto del saber, plenitud de la persona humana en su profundidad, en el condicionamiento de su libertad y en la unidad del género humano por la irradiación de aquella plenitud.

El empobrecimiento y la degradación de la cultura son, precisamente, el tremendo problema de esta sociedad de masas, frente al cual aparece en su evidencia la responsabilidad de todos los sistemas de comunicación social. Sin embargo, no está al alcance exclusivo de estos últimos una solución. Estos pueden renovar sus concepciones, corregir sus métodos, perfeccionar sus instrumentos, pero están condicionadas por el público a que sirven, y sufren de reflejo su nivel, su indiferencia. En realidad, lo que falla esencialmente es la educación del hombre. La solución debe encontrarse en éste, en su formación para aprovechar de veras y para su bien, los descubrimientos de la ciencia, el incremento de la cultura y el amparo de la moral.

Los medios de comunicación y la educación permanente, eje de la reforma educacional

Hay un hecho evidente que debemos recoger con todo respeto aunque se nos manifieste con frecuencia en formas subalternas: es el ansia de saber que tiene todo el mundo, una como especie de intuición de la necesidad de formarse en función de las exigencias más

recónditas de las personas en el ámbito de la sociedad en que vive, y cuyo mejor desarrollo, dentro de las estructuras adecuadas, es la garantía de su felicidad. Podemos comprobar su vigencia, no sólo en la creciente utilización masiva de los medios de comunicación, sino en dos hechos de dramática y universal significación: la llamada explosión escolar que lleva a las aulas muchedumbres de jóvenes, aulas siempre insuficientes en número, en maestros y en métodos; y la difusión intensiva de la alfabetización funcional, en el mundo, que no sólo enseña a leer, escribir y contar sino que toma el adulto según su condición, posición y oficio, con el fin de interesarlo en el esfuerzo de su adecuada formación.

Los sistemas de educación existentes no están preparados para responder a aquella necesidad y las naciones más adelantadas y previsoras proceden a su modificación. El acatamiento de una evidencia es su fundamento: la educación es un proceso que dura toda la vida del hombre. Ya no se parte de la concepción que la existencia humana se divide en dos períodos: la primera, en la que se aprende y educa; la segunda, en la que se aplica el saber adquirido. El vacío que puede dejar la primera etapa no se llena nunca, ni se puede colmar, cuando se intente con la educación post-escolar, ni con la instrucción de los adultos. Son sistemas yuxtapuestos, incapaces de satisfacer la unidad del proceso educativo. La reforma comprende el sistema íntegro de la educación existente, con el fin de preparar al hombre, desde niño, en los hábitos de su personal y continua educación. No sólo se le proporcionan conocimientos, sino con ellos —según la diversidad impuesta por su vocación y a lo largo de sus grados y niveles— la capacidad de aprender, de juzgar, de discernir, de elegir lo que más conviene al desarrollo y perfeccionamiento de sus facultades. Formado de esta manera, el hombre debe encontrar otros órganos en donde seguir el proceso y podrá aprovechar mejor el enorme caudal que diariamente le ofrecen los diversos sistemas de comunicación, llevados

naturalmente a mejorar sus servicios por las exigencias de un público más culto.

He ahí, el gran tema del momento, el año próximo es el año internacional de la educación, y se inicia, también en todo el mundo, por decisión de las Naciones Unidas, el segundo decenio del desarrollo de los pueblos, tan íntimamente vinculado con la política educacional, científica y cultural de cada país.

La coincidencia de tales hechos con la nueva etapa que se abre para "La Prensa" y "La Nación" me parece cargada de sentido histórico. Así como fueron ellos, en la opinión pública, hace un siglo, los adalides del gran impulso y consolidación de la enseñanza, hoy pueden volver a serlo ante la necesidad de reformar a fondo la educación nacional. Tienen el derecho, por los títulos ya ganados, a lanzar este desafío al futuro, con la misma clarividencia y energía con que sus fundadores trazaron el programa inicial.

Nuestro régimen educacional es vetusto, incoherente y atrasado; muy enciclopédico, poco formativo, no obstante la existencia de centros o institutos dignos de encomio, pero cuya acción se pierde y diluye porque carecen de posibilidad de integración a un sistema válido y no alcanzan a ser enfocados en conjunto hacia la consecución de sus finalidades. Los países más prósperos y aun los más humildes, nos dan el ejemplo afrontando, no sin grandes dificultades pero con tenacidad, sus estructuras, métodos y planes. La gran revolución, exigida por los tiempos, hay que llevarla, en nuestro país, al campo de la educación, de la ciencia y de la cultura. Hay que formar al nuevo hombre argentino frente a las realidades de su patria y del mundo.

Elogio de la figura humana del periodista

Muchas veces se ha hecho, en nuestra Academia, el elogio del periodista, por labios más autorizados que los míos: Mariano de Vedia y Mitre, Ricardo Sáenz Hayes, José Oría, Roberto Giusti, Alvaro Melián Lafinur Leonidas de Vedia. Yo

quisiera, en este momento, desplazar el elogio desde el ámbito literario, donde generalmente se hizo, al de su figura humana puesta de frente a los deberes de la hora. Siento por ella admiración y me inspira una gran esperanza.

Es evidente que el culto de la pluma debe ser juzgado por los cánones de la literatura; más ese juicio no nos dice todo. El periodista es un escritor condicionado por tres factores que le dan el molde dentro del cual debe hacer triunfar su originalidad y su capacidad de comunicación; la materia su oficio; la implacable, regular y veloz continuidad de su trabajo; el destinatario de su mensaje. Opera, además, en equipo, dentro de un sistema de relaciones, fuente de una disciplina en la que —no obstante las limitaciones imprevistas, a veces difíciles de sobrellevar, encuentra los mejores y cálidos estímulos de su profesión, cuando no de su vida. No tiene en su creación, ni la libertad, ni el reposo del escritor, ni la atracción de la fama. Es casi siempre desconocida, secreta y efímera; pero es noble y puede resultar fecunda. Si es fiel a la vocación, el sentimiento de la fugacidad de su esfuerzo se recupera en la certidumbre de los frutos. Ningún oficio intelectual corre más riesgo que el suyo en el mundo actual. Está bajo la terrible dictadura de una sociedad de masas, en la que todo, bienes espirituales y materiales, se convierten en objeto de propaganda y de consumo. Tiene en su pluma un arma decisiva. El gran peligro del periodista está en dejarse dominar por la obsesión de su público. Lubac, nos dice, con acierto, que malogra su esfuerzo quien busca un público, categoría imprecisa y artificial. Hay que buscar, en el público, al hombre, la única realidad sustancial; y para encontrarlo, el periodista debe escribir siempre en su condición de hombre, en cuya virtud podrá, en verdad, correlacionarse y comunicarse con su lector. Tomar en cuenta al hombre es acatar su valor como persona; conocer sus reales necesidades, ayudarlo a ver y a resolver sus problemas, a escrutar un mundo en que se siente perdido, despertar en el alma la conciencia de

su posición, de su dignidad, de sus deberes y derechos. Esto no excluye la vulgarización de los temas o la adaptación del estilo a su presunta capacidad, como lo requiere cualquier género de pedagogía. En cambio, quien se preocupa exclusivamente del gran público, cae en sus mismas veleidades, acude al lugar común, sigue las apariencias y las modas, adormece las conciencias en vez de despertarlas o las halaga en lugar de engrandecerlas.

La sociedad de masas es una asfixia que es preciso y urgente disipar. El hombre-masa, —dice Varillon— es un monstruo: hay que destruirlo; en cambio el hombre de la masa es una persona, a la cual hay que salvar y elevar a su plenitud. Si no se lleva a cabo esta empresa, los hombres no abandonarán las servidumbres de la ignorancia y caerán bajo el dominio de de los mitos.

Creo que el verdadero periodista ama los riesgos de esta aventura porque presiente en ella el mejor destino de su pluma. Un verdadero periodista está dotado de cierto don de profecía. Es un don parecido al de los poetas. Estos, en la intimidad de su inspiración, tienen un modo de conocer la realidad y de interpretarla. Aun en su hermetismo nos hacen recorrer los inexplicables senderos del porvenir, presente por raro misterio de su palabra. Lo son sin saberlo y sin quererlo, por la naturaleza de su vocación. Le ocurre lo mismo al periodista porque vive cotidianamente en contacto con la intrincada realidad de la que se penetra o inspira, entre su conciencia y las voces de la opinión un secreto vínculo de intuiciones que eleva su oficio por encima de las ordinarias apariencias.

La creación de "La Prensa" y de "La Nación" fue el fruto de un acto profético que se cumplió hasta hoy por la fidelidad de los continuadores. Quiera Dios que la misma virtud ilumine la nueva etapa de su vida. La patria espera mucho de su vocación argentina, y nosotros, aquí reunidos en la unidad del júbilo común, nos sentimos dichosos de brindarles, en homenaje, la ofrenda de tan noble esperanza. ♦